

Gruñón es un cavernícola del período Glacial, bajito, feo, estrafalario... y muy gruñón. Los demás cavernícolas se ríen de él, y el pobre Gruñón decide marcharse a vivir solo en una caverna. Se divierte gastando bromas a Jonás, un mamut peludo que vive cerca de su cueva. En más de una ocasión esas divertidas bromas son tan peligrosas para el cavernícola, que el propio mamut tiene que salvarle la vida.

DEREK SAMPSON ha publicado en esta misma colección Más aventuras de Gruñón y el mamut peludo.

A partir de 7 años



Gruñón y el mamut peludo

Derek Sampson



7ª EDICIÓN



Colección dirigida por **Marinella Terzi**

Primera edición: mayo 1987
Segunda edición: noviembre 1987
Tercera edición: mayo 1988
Cuarta edición: julio 1989
Quinta edición: agosto 1990
Sexta edición: octubre 1991
Séptima edición: septiembre 1992

Traducción del inglés: *Blanca Aguirre*

Título original: *Grup and the hairy mammoth*
Publicado por Methuen Children's Books Ltd.
© Texto: Derek Sampson, 1971
© Ilustraciones: Simon Stern, 1971
© Ediciones SM, 1987
Joaquín Turina, 39 - 28044 Madrid

Comercializa: CESMA, SA - Aguacate, 25 - 28044 Madrid

ISBN: 84-348-2217-2
Depósito legal: M-29043-1992
Fotocomposición: Grafilia, SL
Impreso en España/Printed in Spain
Imprenta SM - Joaquín Turina, 39 - 28044 Madrid

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

1 Primer encuentro con Gruñón

—¿POR qué seré tan feo?

Gruñón suspiró y dio una patada a una piedra con el pie descalzo. En el largo período Glaciar, hace muchísimos miles de años, la vida resultaba difícil para el hombre de las cavernas. No se puede decir que los hombres del período Glaciar fuesen guapos, pero Gruñón era el más feo y extraño de todos. Tenía tal cantidad de arrugas en la frente que parecía una sábana retorcida, y la nariz vuelta hacia arriba como si estuviese oliendo algo horrible. Los demás cavernícolas se divertían riéndose de lo feo que era.

—Bueno, pues si no quieren saber nada de mí, yo tampoco de ellos —refunfuñó Gruñón. Miró con rabia a los hombres

que estaban charlando a la tenue luz del sol—. Puedo arreglármelas muy bien solo.

Era verdad. Un buen día, Gruñón se hartó de que se rieran de él, y aprendió a vivir solitario. Escogió para vivir una cueva

que tenía goteras y en la que hacía mucho frío, lejos del resto de la tribu. Desde entonces, comía solo, paseaba solo y hablaba consigo mismo. Pero sobre todo gruñía. Por eso le llamaban Gruñón.

—¿Qué puedo hacer esta mañana? No tengo que buscar comida. Todavía me queda un poco de la deliciosa fruta de ayer. ¿Qué puedo hacer?

Eso era lo peor de vivir en el período Glaciar. Resultaba muy aburrido. Y luego estaban todos aquellos glaciares que se derretían y goteaban y volvían loco a Gruñón.

—Tengo que encontrar algo que hacer —gruñía Gruñón, mientras trepaba con dificultad por la cuesta que había por en-



cima de su cueva. Iba pensando en hacer alguna travesura, y no tardó mucho en encontrar el motivo. De repente divisó algo debajo del acantilado. Se asomó al borde para mirar.

—¡Qué sorpresa! —dijo riendo entre dientes—. Pero si es el viejo colmillos peludos, dando una cabezadita como siempre.

De un claro de sol al pie del acantilado llegaban unos ronquidos. Procedían de una criatura enorme, que dormitaba al sol. Gruñón se retiró rápidamente cuando el animal se movió.

—¡Qué suerte tiene! —se dijo—. Lo único que hace es comer y dormir. Nadie se mete nunca con un mamut.

Porque aquel animal que estaba dormitando era un mamut: un inmenso mamut



peludo. Se llamaba Jonás y era la criatura más feliz del mundo. Quizá por eso Gruñón tenía envidia de él. No le parecía justo que alguien pudiese estar tan contento. ¡Qué vida tan cómoda llevaba Jonás, comparándola con la de él! Si quería comer, no tenía que escarbar para coger raíces ni esperar en cuclillas cuando hacía frío para cazar algún conejo. Lo único que hacía era mordisquear alegremente las copas de los árboles y dormir calentito y abrigado en su propio abrigo de piel.

—Se cree que lo tiene todo, ¿no? —se quejaba Gruñón—. Se siente muy satisfecho de sí mismo. Si pudiera bajarle un poco los humos...

Pero ¿cómo? Sería inútil tirar piedras a la cabeza de Jonás. El mamut apenas lo notaría. Gruñón tenía que hacer algo diferente. De repente se puso a dar patadas en el suelo.

—¡Ya está! —se dijo muy contento—. Cavaré un agujero muy profundo para cazar mamuts. ¡Vamos a ver qué le parece esto!

Gruñón se dio la vuelta y salió co-

rriendo colina abajo hasta acercarse a Jonás, pero sin que éste pudiera verlo. Enseguida se puso manos a la obra, cavando afanosamente.

¡Pum! ¡Pam! ¡Pum! ¡Pam! Jonás levantó la cabeza medio adormilado. ¿Qué era aquel ruido tan cercano? ¿Qué pasaba? No veía nada. ¡Espera! Algo que se parecía a un saco viejo de papel, rematado por un nabo, venía saltando de roca en roca hacia él. La figura le era familiar. Gruñón volvía a las andadas. Jonás cerró los ojos e hizo como que seguía durmiendo.

Gruñón estaba nervioso. Había cavado un agujero y lo había cubierto con helechos gigantes y ramas secas. Ahora tenía que obligar a Jonás a que lo persiguiera para que cayese en la trampa. Pero no sabía cómo obligarlo. Se estremeció y se arrastró a gatas en dirección al animal, que roncaba. Después, el mamut levantó una de las orejas que le tapaba la cara como un alerón peludo.

—¡Viejo mamut tonto! —le gritó—. ¡Tu madre era una alfombra y tu padre un perchero peludo!

Gruñón salió corriendo inmediatamente, aterrorizado por lo que había hecho. Pero Jonás no rechinó. Ni un movimiento, ni una sacudida. De repente, a Gruñón se le ocurrió una idea. ¿Estaría Jonás enfermo? ¿Le sucedería algo? ¡Y precisamente ahora que el cavernícola había trabajado tanto cavando una trampa estupenda! Era más de lo que se podía soportar. Dio un grito de rabia y saltó sobre el lomo de Jonás y empezó a tirarle del pelo.

—¡Despiértate, cabezota! ¡Despiértate y persígueme!

Fue un grave error por parte de Gruñón.

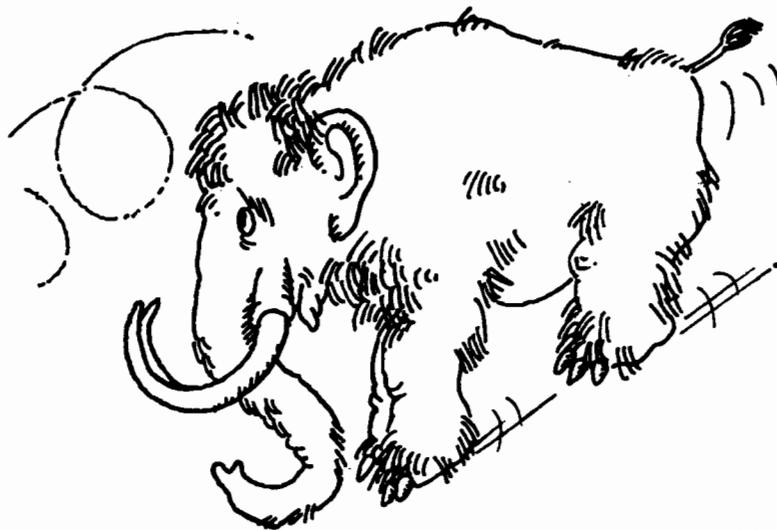
En cuanto estuvo sobre el lomo de Jonás, el mamut se puso en pie. Con un grito de triunfo, Jonás empezó a correr. Al principio despacio, pero fue cogiendo cada vez más y más velocidad. No quería hacerle daño, claro está. Para él se trataba solamente de un juego. Pero Gruñón iba aterrorizado. Jonás corría por encima de las rocas. Cruzaba los



ríos. Pasaba como una flecha por medio de las manadas de dinosaurios que dormitaban. Se deslizaba por los glaciares. Recorría con paso torpón el irregular terreno. Pero, finalmente, hasta él mismo empezó a encontrarse cansado. Se encaminó de vuelta hacia su punto de partida.

Entonces fue cuando vio el agujero de Gruñón.

Era un agujero muy bien hecho, profundo, de paredes rectas y muy bien disimulado con los helechos. Pero Jonás no se dejó engañar. Justamente cuando parecía



que iba a caer, se detuvo. Gruñón salió despedido por los aires, dando vueltas como un acróbata, y fue a aterrizar encima de los helechos. Allí permaneció durante unos segundos, después los helechos cedieron y desapareció dando un grito de desesperación.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Que me hago trizas!
—Gruñón siguió quejándose mientras se ponía de pie. Se palpó con cuidado. Parecía no haberse roto ningún hueso. Levantó la vista y vio que Jonás le miraba con interés desde el borde del agujero.

—No presumas tanto, orejizas —le gritó Gruñón, amenazándole con el puño—. ¡Ya verás cuando salga de aquí!

El problema era cómo salir de allí. El agujero era profundo, muy profundo, tan enorme como para que cupiese el mamut más grande. ¿Cómo lograría escapar de allí el pequeño cavernícola? No había nada donde agarrarse, excepto unas pocas ramas rotas y unos helechos marchitos. Gruñón dio un gruñido y se sentó. Estaba convencido de que Jonás tenía la culpa de todo.

—Mira que hacerle esto a una persona tan inofensiva y tan buena como yo —se

decía—. Me gustaría coger esos helechos y atárselos alrededor de la trompa, y...

Se interrumpió y se le pusieron los ojos como platos. Si pudiera atar algo a esos viejos helechos secos... cogería esas ramas rotas... Dio un gruñido, se incorporó de un salto y puso manos a la obra.

Jonás, mientras tanto, se había retirado para echar una cabezada cerca de allí y vigilar el agujero. Después de todo, no quería que a Gruñón le pasase nada malo. La vida sería muy aburrida si no fuera por el pequeño cavernícola que alegraba las cosas un poco. Jonás no retiraba la mirada del agujero. Al cabo de un rato empezó a moverse algo.

Dos ramas se asomaron lentamente por el agujero. Se agitaron y se tambalearon un momento y se apoyaron contra la pared del agujero. Después se oyó un gruñido y apareció la ca-



ra de Gruñón. El cavernícola miró a su alrededor como un conejo desconfiado, pero no vio a Jonás. Finalmente, trepó hasta la superficie y se dio la vuelta para tirar de las ramas. Éstas estaban unidas unas con otras mediante cuerdas hechas con helechos trenzados. Gruñón se quedó mirándolas con orgullo.

—¡Qué cavernícola tan listo soy! —se dijo—. Hace falta ser inteligente para que a alguien se le ocurra algo como esto. ¿Cómo puedo llamarlo? Vamos a ver... ¿y si lo llamo escalera?

Gruñón tenía motivos para estar satisfecho. Con aquella escalera podía hacer muchas cosas: subirse a los árboles altos, coger huevos de los salientes más altos, encontrar una cueva tan alta que ningún animal pudiera atraparlos...

—Hasta puedo esconderme de ese manojo de pelos de Jonás —se decía Gruñón sonriendo—. No es que le tenga miedo. Si ahora se encontrase aquí, le haría un nudo en la trompa.

Gruñón no debería haber dicho eso. En aquel momento, Jonás lanzó un bramido tal que a Gruñón le zumbaron los oídos.

No esperó a escuchar el siguiente. Agarró la escalera y salió corriendo a tal velocidad que apenas se le podían distinguir las piernas.

Los mamuts no se ríen con frecuencia; sin embargo, cualquiera que estuviese observando a Jonás habría dicho que eso era exactamente lo que estaba haciendo. Sacudía sus poderosas paletillas y balanceaba la trompa de un lado a otro como un péndulo. Se quedó mirando a Gruñón hasta que desapareció de su vista. Después, sacudiendo por última vez la trompa, se dispuso a dormir al sol.

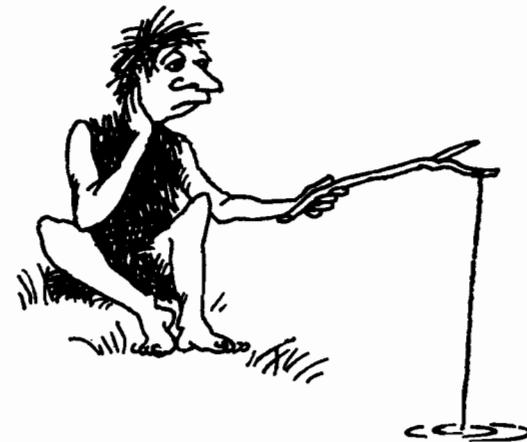
2 El baño de Gruñón

—¿POR qué la toman siempre conmigo? —murmuraba Gruñón mientras se inclinaba sobre su caña de pescar en la orilla del lago helado. Miró con atención su cara reflejada en el agua. Tenía un aspecto más triste que de costumbre.

Los demás hombres del período Glaciar le habían echado de los mejores sitios de pesca que había a la orilla del lago, y no había pescado nada en toda la mañana. Y lo que aún era peor, estaba oyendo un zumbido espantoso que no paraba.

Zzzzzzzzzzz...

Lo oía a sus espaldas, por la parte en que los árboles llegaban hasta la orilla del lago.



Gruñón se dio la vuelta y, de repente, se sintió peor que nunca.

—¡Es él! ¡Es él otra vez, como si no me hubiese dado ya suficientes problemas!

Era Jonás, el mamut, que se acercaba trotando alegremente en aquella mañana soleada. Canturreaba para sí desafinadamente, pero aquél no era el ruido que atormentaba a Gruñón. El ruido parecía venir de una nubecilla negra que revoloteaba alrededor de la cabeza de Jonás.

Gruñón frunció el ceño y miró fijamente.

—Se trata de una trampa —murmuró—. Ese monstruo apolillado quiere ponerme en ridículo otra vez.

En cualquier otra ocasión Gruñón habría hecho como que ignoraba al mamut. Siempre que se había encontrado con Jonás, el cavernícola había salido perdiendo. ¡Pero esto era demasiado! Alargó la mano para coger una piedra que tenía cerca.

—¡Toma eso, saco de huesos, cobarde! —y le lanzó la piedra con todas sus fuerzas.

La piedra rebotó en la dura cabeza de Jonás y no le hizo más daño del que le haría un globo. Jonás le contestó con una mirada de suave reproche.

—¡Lárgate! ¡Lárgate! ¡Vete a afilar tus colmillos o te tiraré otra piedra!

Gruñón estaba de pie, gritaba y gesticulaba con las manos, bastante asustado de lo que había hecho. Con gran asombro, Jonás sacudió la trompa una o dos veces y después se dio la vuelta en dirección a los árboles.

—¡Eso le enseñará! —y, satisfecho, Gruñón volvió a su pesca.

En ese momento algo le golpeó en la nuca, un objeto grande y pegajoso que casi lo tira al lago rodando.

—¡Socorro, que me apedrean! —Gruñón gateó como una araña enloquecida para esconderse detrás de una piedra. Finalmente, asomó la cabeza y vio a Jonás que se alejaba entre los árboles.

—¡Qué jugada tan sucia, golpearme por la espalda! ¡Tramposo! ¡Vuelve aquí y te haré un nudo en la trompa!

Envalentonándose ahora que Jonás se alejaba, el pequeño cavernícola se puso de pie otra vez, gritando y agitando el objeto amarillo y pegajoso que el mamut le había arrojado.

Finalmente se sentó y se miró las manos. Estaban cubiertas de una pasta pegajosa y amarilla.

Se chupó los dedos con precaución. Se quedó asombrado. Volvió a chuparse los dedos, esta vez con avidez. Jamás en la vida había probado nada tan dulce, tan sabroso. Y siguió chupando la pasta amarilla y pegajosa con entusiasmo.

—¡Mmm, es delicioso! ¡Mmm, es maravilloso! —exclamaba—. Demasiado bueno

para un pobre mamut viejo. Tengo que descubrir de dónde lo saca.

Así que donde quiera que fuera Jonás a lo largo del día siguiente, llevaba a Gruñón pegado a los talones, escurriéndose de roca en roca y de árbol en árbol.

—¡Qué cosa más tonta, que no sabe ni distinguir un dinosaurio bailando! —gruñía Gruñón mientras le seguía silenciosamente—. En cuanto encuentre un poco más de esa deliciosa pasta amarilla, se la quitaré.

Pero Gruñón empezó a cansarse de seguir a Jonás. El mamut iba de un lado para otro sin rumbo fijo. Caminaba por las sendas más espinosas y más encharcadas, acompañado todo el rato de aquella nube zumbona.

¡Zzzzzzzzzzzzz!

Gruñón se estaba volviendo loco. Solamente el recuerdo de aquella deliciosa pasta amarilla le hacía seguir hacia adelante.

—¡Qué va a hacer ahora? —Gruñón se detuvo con desconfianza cuando Jonás se paró al pie de un árbol.

De repente, el zumbido de la nubecilla que revoloteaba alrededor de la cabeza de Jonás se hizo más insoportable. Jonás metió la trompa en el interior de un nudo del árbol y buscó a tientas. Pronto un hilillo del líquido amarillo empezó a resbalarle por la trompa.

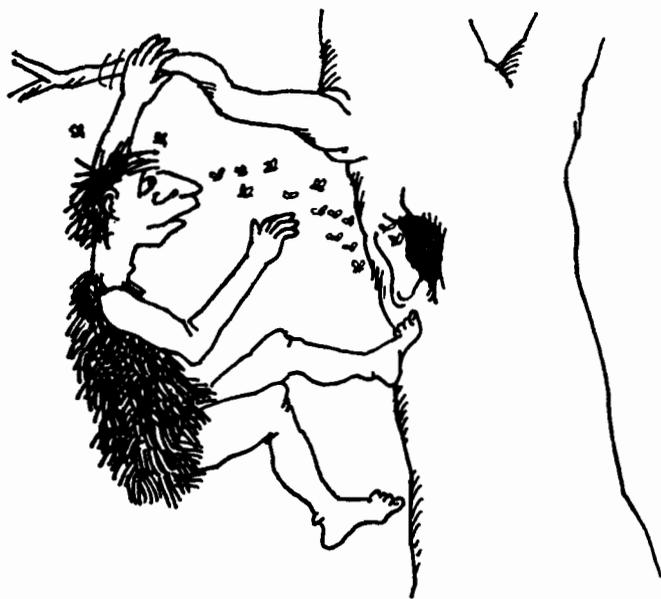
—¡Eso es! ¡Ahí es donde esconde la pasta!

Lleno de gozo, el pequeño cavernícola se precipitó hacia adelante. Por una vez, debido a su ansiedad, se olvidó del miedo que tenía al animalote. Agarró un palo largo y obligó al mamut a que se alejase.

—Le está bien empleado por tratar de quedarse con todo —murmuraba Gruñón mientras trepaba árbol arriba—. Además, le estoy haciendo un favor. Esto lo único que hace es ponerle el pelo pegajoso.

Mientras hablaba, encontró un agujero grande en el árbol; allí estaba la pasta amarilla. Metió la mano dentro. Entonces fue cuando comprendió lo que significaba la nube zumbona que revoloteaba alrededor de Jonás.

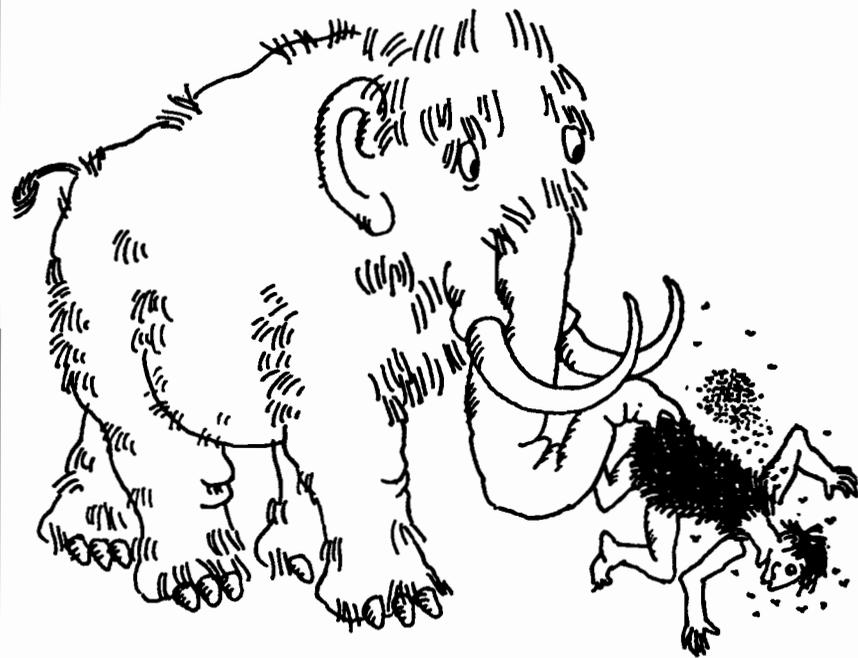
—¡Oh! ¡Guu! ¡Ay! —Gruñón dejó esca-



par un grito de dolor y bajó del árbol de un salto. Ahora llevaba su propia nube alrededor de la cabeza. Una nube de abejas grandes, rabiosas y decididas a castigar al intruso. A diferencia de Jonás, el pobre Gruñón no tenía una piel dura que le protegiese de los aguijones de las abejas. Bailaba, daba manotazos en el aire, gritaba, pero no le servía de nada.

—¡Oh! ¡Estaos quietas! ¡Ay!

De repente notó que le cogían por la espalda de su chaqueta de piel de conejo y le levantaban del suelo. Le transportaban a través del bosque sacudiéndole como si fuera un saco. Las abejas seguían clavándole el aguijón todavía, pero estaba demasiado asustado como para preocuparse de eso ahora. Aquello que le suje-



taba era largo y gris, y se parecía mucho a la trompa de un mamut. ¡Jonás le había capturado!

—¡Bájame! ¡Por favor, bájame, y puedes quedarte con tu asquerosa pasta amarilla! —le suplicaba Gruñón.

Todavía seguía chillando cuando llegaron al lago. Jonás miró a su alrededor con ansiedad. Sabía lo mal que se iba a poner Gruñón si las abejas seguían picándole más tiempo. Gruñón se merecía todo lo que le estaba pasando, pero Jonás tenía buen corazón. Pondría a Gruñón en buen sitio, a salvo de las abejas. El mamut se dirigió trotando pesadamente hacia la orilla del lago.

—¡No, ahí no! Por favor, no... —mientras chillaba, la boca de Gruñón se llenó de agua. El mamut lo dejó caer dentro del lago.

—¡Socorro, que alguien me salve! —balbuceaba Gruñón mientras Jonás le sacaba para que cogiese aire—. Está intentando ahogarme. ¡Socorro!

Abajo de nuevo, sacudiendo los pies y los brazos. Arriba y abajo, arriba y abajo, como si fuese un manojo de trapos mo-

jados. Por fin a la quinta intentona dio un tirón a la desesperada, consiguió soltarse de la trompa de Jonás y se alejó nadando.

Hasta después de un rato no se dio cuenta de que estaba a flote.

—¡Eh! ¡Miradme! ¡Estoy flotando! —gritaba—. ¡No me hundo como siempre me pasaba!

Miraba asombrado a su alrededor mientras chapoteaba con los brazos y las piernas, alejándose de la orilla donde estaba Jonás.

—Te he engañado, ¿eh? —le gritaba al mamut con aire triunfal—. Estoy... ¿cómo puedo llamar a esto? Sí, ¡estoy nadando!

Gruñón dejó de tener miedo al agua. Ni siquiera le importaba que estuviera fría. Estaba como loco de alegría por poder mantenerse a flote y avanzar. Pronto se sintió lo suficientemente valiente como para zambullir la cabeza y mirar a los peces que se deslizaban por su propio mundo gris.

¡Peces! De repente, Gruñón pensó en la sorpresa que se llevarían los demás hombres del período Glaciar si le vieses nadar. Tal sería la sorpresa, que saldrían

corriendo y abandonarían la pesca que habían conseguido en la orilla del lago.

—¡Esta noche cenaré pescado! —se dijo riéndose entre dientes—. ¡Montones de rico pescado! —se dio la vuelta y empezó a cruzar el lago nadando en dirección a donde estaban pescando los demás hombres.

Y Jonás, que le observaba desde la orilla, oyó un ruido, un ruido poco corriente. Era la risa de Gruñón.

El mamut se quedó allí durante un rato hasta que el hombrecillo desapareció de su vista. Después, levantando la trompa como si hiciese un gesto de despedida, se dio la vuelta y se dirigió hacia el bosque.

3 *Gruñón, artista*

—¡LO conseguí! ¡Lo conseguí!

Los ojos de Gruñón brillaban de entusiasmo al tiempo que se ponía en cuclillas en el centro de su cueva. Reflejaban la luz de algo que danzaba y parpadeaba delante de él. Se trataba de una hoguera que ardía alegremente. El cavernícola nunca se había sentido tan orgulloso de sí mismo.

—Todos decían que no podía hacerlo, ¿eh? Se reían de mí, ¿no?

No es que Gruñón hubiese encendido el fuego él solo. En aquella época ningún cavernícola sabía hacer fuego. Pero el verano había sido seco. Un rayo había alcanzado un árbol en el bosque y lo había incendiado. De todos los hombres de las

cavernas, únicamente a Gruñón se le había ocurrido coger un palo ardiendo del fuego. Los demás se habían burlado de él, pero ahora tenía una pequeña hoguera para él solito.

—¡Y es estupendo, maravilloso! —decía riéndose entre dientes—. Todos me tendrán envidia cuando llegue el frío.

El problema era que todavía hacía calor, y la cueva de Gruñón estaba tan llena de humo que apenas podía respirar. No pudo aguantar más tiempo.

—Saldré un rato a respirar un poco de aire fresco. Además, necesito más leña para mi maravillosa hoguera.

Salió dando grandes zancadas. Por allí no había ningún cavernícola. Todos estaban descansando en las húmedas cuevas o pescando a la orilla del lago. Gruñón dejó escapar una risita.

—Creo que daré una vuelta hasta el lago para contarles mi nueva invención —se dijo—, para darles envidia solamente.

Gruñón se sentía más contento que de costumbre mientras caminaba hacia el lago. Recogía leña por el camino. Se iba

imaginando un invierno maravilloso, calentito, con una hoguera encendida en su cueva. Quizá hasta dejase que los demás cavernícolas se calentasen en su hoguera... si dejaban de reírse de él.

—Después de todo —se decía—, soy un cavernícola bastante listo. Bueno, quizá no mucho...

De repente dejó de hablar y se detuvo. Había llegado a la orilla del lago y ante su vista apareció un espectáculo interesante. Jonás estaba en el agua, intentando refrescarse. En la superficie sólo se le veía la trompa. Pero Gruñón vio su peluda piel esponjada bajo el agua; parecía un globo inmenso. Gruñón se puso a reír.

—Hoy hasta me siento amigo de ese gran globo peludo —se dijo—. Estará pasando mucho calor. Me pregunto si podría ayudarle.



A Gruñón no se le ocurrían muchas veces estas buenas ideas; pero en aquella ocasión se encaramó a un glaciar cercano y partió el pedazo de hielo más grande que pudo. Cuando lo arrastró hasta el lago, se sintió bastante cansado. Se secó el sudor de la frente y miró hacia el agua. Jonás seguía allí todavía, con los ojos cerrados.

—Le voy a dar una sorpresa —se dijo Gruñón—. Se va a poner muy contento cuando le deje a gusto y fresquito.

Se metió en el agua. Después, empujando el trozo de hielo delante de él por la superficie del agua, nadó en dirección a Jonás. El mamut no se movía. Se encontraba demasiado a gusto disfrutando del frescor del agua como para prestar atención a Gruñón. Fue una lástima que abriese la boca para dar un bostezo en el mismo momento en que el pequeño cavernícola nadaba hacia él.

Gruñón se quedó sorprendido. De repente, el trozo de hielo desapareció de su vista y se metió en la boca de Jonás. Jonás también se quedó sorprendido, muy sorprendido. Tuvo la sensación de estar

tragándose el helado más grande que había visto. Era una sensación espantosa. Abrió los ojos y se encontró de frente con Gruñón.

—No —Gruñón tartamudeaba intentando explicar—, no lo entiendes. Sólo trataba de ayudarte. ¡No era una broma, de verdad!

No se quedó a dar explicaciones. El brillo de los ojos de Jonás le indicaba que corría peligro si lo hacía. Empezó a nadar hacia la orilla. Jonás le seguía muy de cerca, y no en actitud amistosa precisamente.

Gruñón tuvo suerte de que Jonás estuviese metido en el lago. Lo único que impidió que el mamut cogiese al cavernícola en los primeros momentos fue su piel empapada. El mamut tenía que pararse para sacudirse como un perro gigante. Pronto la parte del bosque que quedaba a su alrededor estuvo tan empapada como si hubiese llovido.

Aun así, Gruñón consiguió ponerse fuera de su alcance cuando se encontró en su cueva. Se deslizó hacia el interior y se escondió en una grieta donde el mamut

no pudiera alcanzarle. Jonás ni se molestó en hacerlo. Ya había decidido cómo iba a castigar al pequeño cavernícola por lo que consideraba una mala jugada.

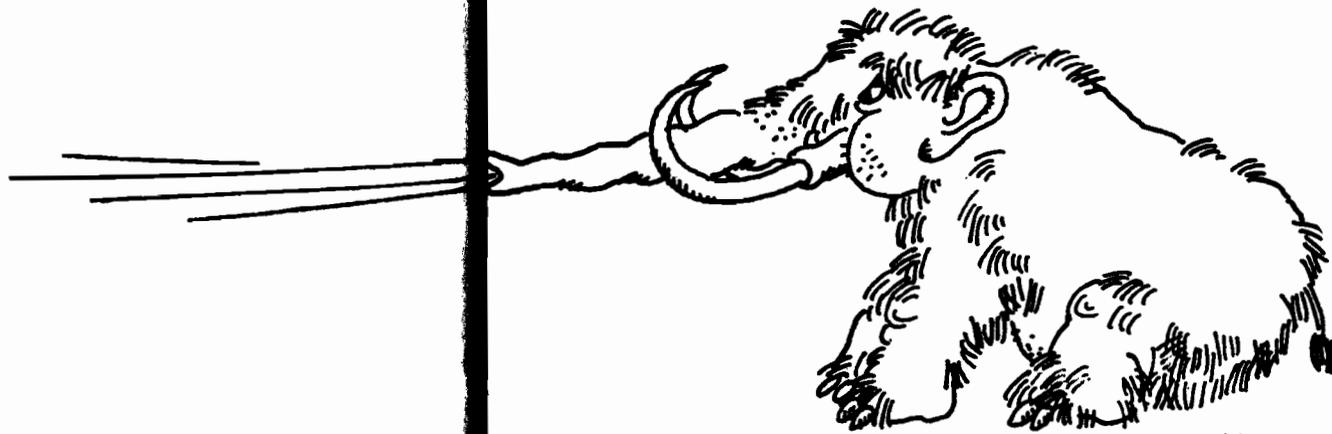
Se quedó esperando con la boca llena de agua y la trompa estirada como una manguera. Cuando Gruñón sacó la cabeza de su escondite, Jonás sopló con todas sus fuerzas. El chorro de agua casi derribó a Gruñón. Se agarró a la roca, castañeteándole los dientes, hasta que se acabó el chaparrón. Después volvió a asomarse cautelosamente. Jonás se alejaba de la cueva con paso torpón.



—¡Bah! ¡Ésta es la última vez que te hago un favor! —se lamentó Gruñón.

Gruñón amenazó a Jonás con el puño mojado. El mamut se detuvo y miró hacia atrás. Se había divertido mientras perseguía al cavernícola y nunca podía guardar rencor a nadie durante mucho tiempo. Saludó con la trompa y continuó su camino hacia el lago. Necesitaba refrescarse de nuevo.

Gruñón distaba mucho de estar contento. Cuando regresó a la cueva, se encontró con una escena horrible. La hoguera que antes ardía alegremente había



desaparecido. En su lugar solamente quedaban unos cuantos palos empapados. ¡La manguera de Jonás había funcionado demasiado bien!

—¡Mi hoguera! ¡Ha apagado mi maravillosa hoguera! —gimoteaba Gruñón, y se arrodilló al lado de las cenizas húmedas—. ¡Nunca le perdonaré esto!

Sopló e imploró, pero no sirvió de nada. Su maravillosa hoguera se había apagado para siempre.

—Y nunca conseguiré otra, a menos que haya otro incendio en el bosque. ¡Oh, lo que sería capaz de hacerle a ese mamut!

Arrojó los palos chamuscados lejos de él. Al caer, uno de ellos arañó la pared y dejó una raya de lo más interesante. Gruñón frunció el entrecejo y se acercó a la pared.

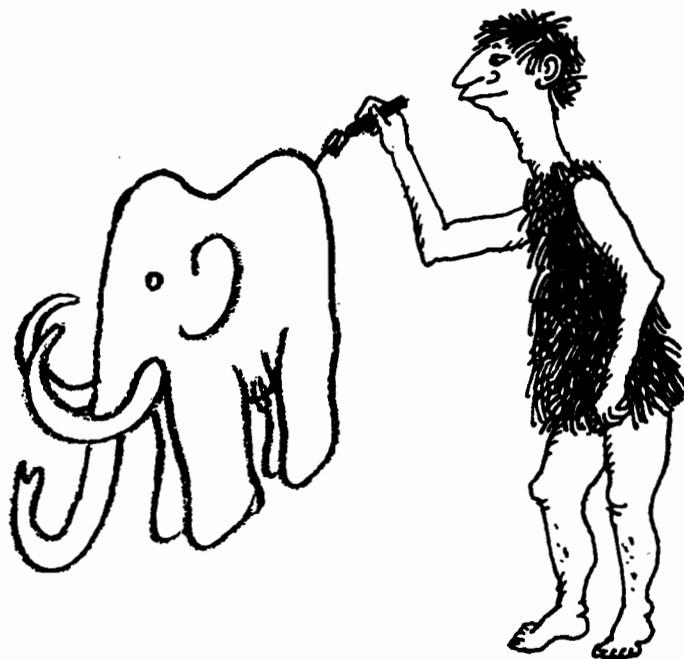
—¡Qué curioso! Es una señal alargada y en espiral. Se parece a la trompa de Jonás. ¿Cómo se ha hecho?

Cogió el palo y deslizó la punta quemada por toda la pared. Apareció otra raya negra. Volvió a intentarlo. Y apareció otra raya. Todas juntas eran como la

trompa de un mamut. De repente, Gruñón se encontró temblando de emoción.

—¡Qué invento tan estupendo! —gritaba—. Mucho mejor que cualquier hoguera maloliente. ¡De esta manera puedo pintar todo lo que se me ocurra!

Era ya bastante tarde cuando Jonás regresó a la cueva de Gruñón. Estaba preocupado por el cavernícola. Quizá había



sido un poco cruel con él. Se detuvo en la puerta de la cueva y se quedó asombrado. No quedaba ningún espacio de la cueva de Gruñón que no apareciese cubierto de dibujos, grandes dibujos, de todas las especies de animales imaginables. Y Gruñón todavía pintaba afanosamente.

Jonás miró atentamente. Gruñón estaba pintando un animal muy extraño. Era grande, estaba cubierto de pelo y tenía una trompa muy larga con un colmillo a cada lado. Jonás sacudió la cabeza. Él nunca había visto un animal como aquél. ¡Qué ocurrencia la de Gruñón imaginarse una cosa así!

Jonás enrolló la trompa y se rascó los colmillos con aire pensativo. Después se dio la vuelta y se alejó de nuevo hacia el lago a paso lento, para darse un chapuzón antes de que anocheciese.

4 *Gruñón, a punto de hervir*

—**C**OMO no encuentre pronto algo que comer, me..., ¡me comeré mi chaqueta!

Gruñón gruñía y miraba la chaqueta de piel de conejo que llevaba siempre puesta. Era una chaqueta muy ligera y de aspecto lamentable, pero Gruñón era delgado y aquella mañana estaba triste. Sólo había desayunado unas pocas raíces correosas. No quedaba nada más por los alrededores de su cueva.

—¡Qué porquería! Ni siquiera serviría para alimentar a un anciano —suspiró—. Lo que me hace falta es una buena comida.

Gruñón había andado mucho para buscar comida. Se encontraba en una parte desconocida del territorio. Del suelo bro-

taban manantiales de agua caliente. Unos lagos de lodo caliente burbujearon a la luz del sol. Hasta había algunos árboles que tenían unas bayas redondas y rojas. A Gruñón se le iluminaron los ojos.

—¡Estupendo! Eso será una comida formidable para mí.

Trepó a un árbol y se metió un puñado de bayas en la boca. Rápidamente las escupió. Estaban muy amargas.

—¡Qué cosa más repugnante! —refunfuñó Gruñón—. No tienen derecho a estar aquí si no valen para nada.

Estaba a punto de bajarse del árbol



cuando vio algo que le llamó la atención. En la punta de una rama había un nido grande. En él había cuatro huevos.

—¡Comida! —gritó Gruñón—. Huevos frescos es exactamente lo que yo necesito.

Gateó con impaciencia en dirección al nido, y cuando llegó se quedó mirando su presa. Eran unos huevos inmensos. Suficientemente grandes como para acabar con el apetito de Gruñón. Rompió uno y se lo comió. Hizo una mueca. Estaba crudo y tenía un gusto horrible; pero como todavía nadie había aprendido a guisar, frecuentemente la comida de Gruñón tenía un gusto espantoso.

—Bueno, es lo mejor que puedo conseguir —se dijo. Se guardó los demás huevos en los bolsillos de la chaqueta y se dio la vuelta para bajar del árbol. De nuevo algo atrajo su atención. Estaba allí abajo, lejos de él, en el lago de lodo.

—No puedo creerlo..., no puede ser..., pero ¡si es él! ¿Qué estará tramando ahora ese mamut chiflado?

En el centro del lago cenagoso había una masa grande y parda, y de ella salía un zumbido. Era Jonás, que tomaba un

baño de lodo. Tenía la piel manchada de lodo, y de vez en cuando echaba con la trompa lodo al aire por encima de su cabeza. Estaba muy contento.

—¡Qué bobo es! —se dijo Gruñón—. ¿Qué se creerá que está haciendo?

Gruñón se sentó en el árbol, fascinado, mientras Jonás se revolcaba en el barro. Por fin, el mamut se puso en pie y se acercó caminando al lugar donde caía una cascada de agua fría desde lo alto de un acantilado. Se enjuagó. Después, tras sacudir la cabeza y dejar escapar un agudo berrido, volvió a su baño de lodo.

A Gruñón le brillaron los ojos. Se olvidó de que tenía hambre. No se le presentaba a menudo una oportunidad como ésta. Se deslizó rápidamente del árbol y se subió corriendo a un montículo. Pronto se encontró en el lugar donde saltaba la cascada del acantilado. Se quedó mirándola pensativamente.

—No hay agua suficiente para bañar a un ratón famélico. Lo que un mamut necesita es un buen chorro de agua, todo de golpe.

Se puso a arrastrar un tronco caído

para colocarlo atravesado en la estrecha brecha del acantilado a través de la cual caía el agua. Jonás, mientras tanto, seguía tumbado en el lodo tan a gusto, haciendo pompas de vez en cuando. Finalmente, se puso en pie dando un suspiro y avanzó con dificultad hacia la cascada para enjuagarse por última vez. ¡Pero la cascada había desaparecido! Del acantilado no caía ni una sola gota de agua. Jonás miró hacia arriba con asombro.

Gruñón había esperado aquel momento. Era la señal para retirar el tronco. Detrás de éste había quedado retenida gran cantidad de agua. Ahora se abalanzaba por encima del acantilado cayendo de golpe sobre Jonás con gran estruendo. El mamut no pudo remediarlo. Aunque era muy grande, se vio arrastrado de nuevo al lago de lodo. Allí se quedó tumbado sin aliento, lanzando grandes chorros de agua por la trompa. Gruñón estaba encantado.

—Esto le enseñará —se dijo, y bajó tranquilamente del montículo. Se detuvo a la orilla del cenagoso charco donde estaba Jonás—. ¿Qué estás haciendo ahí,

cabeza hueca? —le gritó—. ¡Mira que jugar en el barro a tu edad!

Eso era más de lo que Jonás podía soportar. Se puso de pie y dio un bramido que retumbó por todas las montañas. Y Gruñón se encontró con una montaña de lodo que se dirigía hacia él con gran estruendo. Se dio la vuelta y corrió a toda la velocidad que le permitían sus cortas piernas.

Pero, por desgracia para Gruñón, no había ningún sitio adonde ir. Los árboles eran demasiado bajos para esconderse en ellos, y no había ninguna cueva. Solamente había lagos de lodo burbujeante o de agua que echaba humo. La trompa de Jonás rozó el hombro de Gruñón.

—¡No, no lo hagas! —gritó Gruñón—. ¡No me toques!

Dando un salto enorme, se lanzó al charco más próximo. Afortunadamente, el agua estaba caliente, pero no hirviendo. Por suerte, también, Jonás no sabía nadar. Gruñón se encontró pronto chapoteando en medio del lago mientras que Jonás se quedaba en la parte poco profunda.

—¡Has fallado otra vez! —le gritó Gru-

ñón con aire de triunfo—. Tenías la intención de darme un baño de lodo, ¿eh?

A decir verdad, Jonás no sabía lo que había intentado hacerle al cavernícola. De todas maneras, estaba otra vez de buen humor. No le parecía que valiese la pena cazar a Gruñón. El mamut se instaló cómodamente en el agua caliente.

Para Jonás resultaba muy agradable, ya que tenía la piel peluda y gruesa. Para Gruñón era distinto. Al cabo de un rato el agua resultaba realmente demasiado caliente. Le zumbaba la cabeza y, cada vez más, se sentía como una patata asada. Pero no se atrevía a salir del lago mientras Jonás estuviese cerca.

Aquel día Jonás se dio un baño delicioso. No tenía ninguna prisa. Hasta casi se había olvidado de Gruñón cuando salió por fin del lago y se marchó. Incluso entonces Gruñón esperó un rato antes de salir. Por fin, reunió el valor suficiente y salió a la orilla, chorreando.

«¡Ya podrás, grandullón! —se dijo Gruñón en tono de queja—. ¡Tenerme tanto rato en el agua! Nunca he estado tan limpio. ¡Es horrible!»

Se metió la mano en la chaqueta y sacó uno de los huevos.

—Y ahora es demasiado tarde para cazar, y sólo tengo estos huevos asquerosos para comer. ¡No puedo soportarlos!

Arrojó el huevo con asco contra una roca, pero rebotó. Gruñón se detuvo sorprendido.

—¡Qué extraño! Debería haberse roto. ¿Qué pasará?

Se agachó para recoger el huevo. Estaba caliente, y por la parte en que se había roto la cáscara vio una cosa blanca en el interior. Gruñón se metió un trocito en la boca. Estaba delicioso, suave, duro y muy sabroso. Y por dentro estaba la yema bien cocida. Gruñón no podía creer en la suerte que tenía.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo habrán cambiado?



Se volvió para mirar al humeante lago.

—El agua de ahí debe de haber hecho algo. Los ha..., los ha cocido. ¡Ya no tengo que volver a comer huevos crudos nunca más!

Gruñón se quedó unos minutos mirando con asombro el lago caliente. Después inició el regreso hacia su cueva. Mientras caminaba, iba comiendo los huevos y, entre mordisco y mordisco, cantaba para sus adentros. Después de todo, la vida no era tan mala.

5 *Gruñón ataca de nuevo*

—¡PANDILLA de chiflados! —resoplaba Gruñón mientras los observaba desde la linde del bosque—. ¡Pandilla de chiflados! ¿Qué se creerán que parecen?

Unos ruidos extraños flotaban en el aire. Delante de él, en un claro del bosque, los demás carvernícolas celebraban el baile de todos los meses. Aunque no debería llamarse baile a aquello. No había música. En su lugar, los hombres se movían dando vueltas formando un gran círculo, gimiendo tristemente. Cada uno llevaba puesto un extraño sombrero hecho con plumas de distintas aves. Tenían un aspecto muy curioso.

—Si se creen que me voy a unir a

ellos... No soy tan tonto.

Gruñón no decía la verdad. Él también se había hecho un sombrero. Y se había presentado con él en el baile. Pero había pasado lo de siempre. Los demás hombres no le habían dejado.

A Gruñón se le arrugó la nariz al recordarlo.

—Bueno, pueden quedarse con su baile —murmuró—. Me voy a dar una vuelta.

Se dirigió hacia el interior del bosque. Las plumas de su sombrero se balanceaban tristemente sobre su ca-



beza. El pobre Gruñón deseaba hacerse amigo de los demás hombres. Sin embargo, ahí estaba, paseando solo en medio del silencio de la noche.

¿Silencio? En aquel momento ya estaba lejos del lugar del baile; sin embargo, todavía le parecía estar escuchando delante de él el horrible gemido de los demás cavernícolas. Frunció el entrecejo.

—Debo de haber estado andando en círculo. A no ser que... sí... ¡Yo he oído esa voz antes!

Dejó escapar un gruñido de júbilo y avanzó sigilosamente. Pronto se encontró en el límite de otro claro y se le pusieron los ojos tan grandes como platos.

—¡Es él! ¡Es el mamut chiflado otra vez! ¿Qué estará haciendo ahora?

En un claro del bosque, debajo de las enredaderas trepadoras que colgaban de los árboles, estaba Jonás. Daba vueltas en círculo, arrastrando los pies cuidadosamente uno detrás de otro y canturreando zumbonamente como una abeja enloquecida.

Gruñón lo observó durante un rato, después dejó escapar una risita tonta.

—¡Está bailando! —exclamó Gruñón—.

Nos ha visto bailar y está imitándonos. ¡De todos los animales chiflados tenía que ser él precisamente!

Gruñón volvió a observarlo. Era como ver una casa peluda dando saltitos. Después, el cavernícola se deslizó entre los árboles sin hacer ruido con una expresión traviesa en su rostro.

En cualquier otro momento, Jonás habría estado alerta, pero aquella noche estaba concentrado en el baile.

La primera noticia que tuvo fue cuando una enredadera cayó en forma de lazo alrededor de sus patas. Miró hacia arriba. Gruñón le sonreía burlescamente desde lo alto de un árbol, y dejaba caer ya otra enredadera alrededor de las patas de Jonás.

—¡Ya te tengo! —le gritó Gruñón con aire de triunfo.

No sirvió de nada que Jonás gritase y tratase de defenderse. En un segundo, Gruñón le ató las enredaderas y se las apretó con todas sus fuerzas. Jonás se tambaleó y, finalmente, cayó al suelo con gran estruendo.

—Ahora te he pillado, orejotas —le

gritó Gruñón, dando saltos alrededor del mamut caído.

Pero, curiosamente, no daba la sensación de que Jonás estuviese enfadado lo más mínimo. Los ojos le brillaban de risa. El cavernícola lo miró con desconfianza. Jonás, a pesar de ser un animal bastante tosco, era muy astuto. Sería mejor comprobar que aquellas enredaderas estaban apretadas.

Jonás no estaba preocupado. Estaba allí tumbado plácidamente, preguntándose qué iba a hacer el cavernícola a continuación. A causa de las plumas del sombrero de Gruñón, Jonás cambió de actitud. Cuando Gruñón se agachaba rozaban al mamut exactamente debajo de la trompa. A Jonás nunca le habían hecho cosquillas antes y le molestaba. Protestaba y forcejeaba para incorporarse.

—¿Querías asustarme, eh, cabezota? —le decía Gruñón, que había saltado a tres metros de distancia, asustado.

Jonás estornudó y todo el bosque se estremeció. Gruñón alargó la mano y se tocó el sombrero de plumas dándose cuenta de lo que pasaba.

—Así que es eso —le dijo con una risita irónica—. No te gusta que te hagan cosquillas en la nariz. Supongo que te molesta que siga haciéndotelas.

Se puso al lado de Jonás y siguió haciéndole cosquillas con todas sus fuerzas. Jonás no podía remediar reírse como un mamut mientras no le dejara de hacer cosquillas. Al cabo de un rato ya no pudo



soportarlo más. Dio un bramido y se incorporó. Rompió las enredaderas que le ataban las patas.

Gruñón empezó a correr mientras daba un chillido.

La persecución resultó una pesadilla: corrió a través de los bosques, esquivando dinosaurios, brincando por encima de las serpientes y con Jonás todo el rato pegado a sus talones.

—¡Ya no puedo más! —balbuceó Gruñón—. Tengo que esconderme o me pillarán y me harán pedazos inmediatamente.

En ese preciso momento, Gruñón vio un tronco hueco en el suelo del bosque. Se deslizó dentro para que Jonás no pudiera atraparlo.

Allí permaneció, jadeando, mientras que el mamut se paseaba arriba y abajo en el exterior.

—¡Ja, ja, tontorrón, lo he vuelto a hacer! ¡Me he burlado de ti! ¡Pedazo de carne con ojos!

En ese momento Gruñón se encontraba muy orgulloso de sí mismo. Jonás no le sacaría nunca de su escondite.

¡Bong!

A Gruñón le retumbaron los oídos. ¡Bong! ¡Bong! ¡Bong! Jonás estaba golpeando el tronco con un palo y, a cada golpe, el tronco vibraba y resonaba con un ruido espantoso.

—¡Para! ¡Para, antes de que se me caigan las orejas! —le suplicó Gruñón.

No sirvió de nada. Jonás siguió dando golpes en el tronco hasta que todo el bosque retumbó. No se detuvo hasta que consideró que el pequeño cavernícola había recibido el castigo suficiente. Entonces, dio un último golpe en el tronco que lo hizo retumbar y se alejó hacia el interior del bosque. Había pasado una noche muy divertida.

Hasta cinco minutos después el aturdido Gruñón no se atrevió a salir del tronco.

—Ese mamut nunca juega limpio —se quejó—. ¡Mira que intentar matarme con tanto ruido...!

Cogió un palo y se puso a golpear el tronco con aire melancólico. ¡Bong! Era un sonido bastante agradable si no te encontrabas dentro. Volvió a golpearlo. ¡Bong! Pronto las vibraciones de los

nuevos y extraños sonidos retumbaron por el bosque y aún más allá a medida que Gruñón ensayaba diferentes ritmos. Se encontraba tan feliz haciéndolo que no se dio cuenta de que los demás cavernícolas se aproximaban.

—¿Cómo llamas a eso? —le preguntó uno de ellos.

—¿Eh? ¡Déjame en paz! —le gritó Gruñón, creyendo que era Jonás que había vuelto.

—¿Cómo lo llamas? —le insistió el hombre.

Gruñón hizo un esfuerzo para pensar.

—Bueno, es... esto... se llama tambor. Es mágico. Solamente yo puedo hacerlo funcionar.

Golpeó el tronco varias veces, y los cavernícolas empezaron a mover los pies. Gruñón se dio cuenta de su oportunidad y sonrió con arrogancia.

—Tocaré para que bailéis vosotros, si queréis. Pero tenéis que pedírmelo amablemente —les dijo.

Los cavernícolas se miraron unos a otros, después se abalanzaron sobre Gruñón con gran bullicio. Y llevaron al pe-

queño cavernícola a hombros hasta su cueva.

A partir de entonces, Gruñón se convirtió en la estrella del espectáculo. Se sentaba con orgullo en el centro y tocaba lo más fuerte que podía, bastante conven-



cido de que era él quien había inventado el tambor.

Solamente Jonás, que observaba desde los árboles, moviendo la trompa suavemente al ritmo del tambor, sabía la verdad.

6 *Los pies fríos de Gruñón*

—¡HII! ¡Hii! ¡Hii!

Gruñón miró al cielo con los ojos muy abiertos, pero todavía tenía la boca más abierta.

—¡Hii! ¡Hii! ¡Hii! —chilló en tono estridente.

Allí arriba, por encima de él, volaba un pájaro gigantesco describiendo enormes círculos. Gruñón se quedó mirándolo con envidia. Después apartó la vista del pájaro y se miró los pies. Iba descalzo sobre la nieve. Tenía los pies morados de frío. El cavernícola suspiró.

«¡Qué maravilloso debe de ser volar! En vez de andar por la nieve. Sin notar que los dedos de los pies se te quedan paralizados por el frío» Gruñón sintió un es-

calofrío. Echó una última mirada al pájaro y se marchó colina abajo.

Mientras bajaba con dificultad por la ladera de la colina, arrugó la frente. Iba pensando. «Debe de ser bastante fácil volar», se decía a sí mismo. «Simplemente es cuestión de correr a gran velocidad, agitando los brazos con fuerza suficiente. En un segundo se puede llegar allá arriba al cielo, dejando la espantosa nieve muy abajo».

Echó a correr, moviendo los brazos al mismo tiempo. Al hacerlo chillaba de nuevo:

—¡Hii! ¡Hii! ¡Hii!

No sirvió de nada. Por más que agitaba los brazos y por más que sus rechonchas piernas corrían a toda velocidad, no despegaba. Bueno, no lo hizo hasta que tropezó. Entonces despegó a las mil maravillas, sólo que aterrizó sobre sus narices cuatro metros más allá.

Se sentó refunfuñando. ¿Qué era ese gorjeo de regocijo que le llegaba desde algún lugar próximo? Miró atentamente a su alrededor. Una carota de expresión bondadosa acababa de esconderse detrás

de una roca. ¡Jonás, claro está! Gruñón dio un gruñido. Se puso de pie con dificultad y siguió bajando por la ladera de la colina con toda la dignidad que pudo.

Jonás sacudió la cabeza. Últimamente Gruñón le tenía muy preocupado. Estaba acostumbrado a que el pequeño cavernícola gruñese, pero esta manía de ir corriendo y agitando los brazos era nueva. Jonás decidió no perder de vista a Gruñón y se tumbó de nuevo en la nieve para descansar.

El pequeño cavernícola, mientras tanto, había llegado a su húmeda cueva y se había sentado de mal humor.

—¡Grandísimo majadero! ¡Qué cara más dura! ¡Mira que reírse de mí de esa manera! —refunfuñaba—. Se cree que no puedo volar, ¿eh? Pues ya le enseñaré yo.

Pero ¿por qué no podía volar? ¿Es que él era tan distinto de un pájaro? El pequeño cavernícola se miró. Sus piernas y su cuerpo eran parecidos a los de un pájaro, y su divertida cara tampoco se diferenciaba mucho. Se miró los brazos y dejó escapar un grito de alegría:

—¡Pues claro, necesito algo que me cu-

bra los brazos! —gritó—. ¡Me hacen falta alas! ¿Qué puedo utilizar?

Al momento se puso a rebuscar entre la basura de la parte de atrás de su cueva. Allí había muchas cosas: un palo para rascarse la espalda, una piedra redonda para hacerla rebotar en la pared cuando estaba aburrido, una pluma de pavo real para hacerse cosquillas en los dedos de los pies. Por fin dio un grito:

—¡Aquí están! ¡Servirán de maravilla!

Se puso a bailar dando vueltas, con dos pieles de conejo en las manos. Eran unas pieles viejas, raídas, demasiado pequeñas para hacerse una chaqueta.

—Éstas son mis alas —gritaba—. Con ellas sobre los brazos volaré tan alto que no volveré a tener los pies fríos nunca más.

Chillando todavía de alegría, salió disparado de la cueva en dirección a lo alto de la colina. Ya estaba bastante arriba cuando se le ocurrió preguntarse cómo se iba a atar las pieles a los brazos. Se detuvo para pensar.

—Si me las envuelvo muy apretadas alrededor de los brazos, no se moverán

como las alas de los pájaros. Probablemente me caeré y me golpearé la nariz otra vez. Me hace falta algo para que me cuelguen de los brazos como debe ser.

Recorrió con la vista la montaña nevada y pelada. No había nada que sirviese para atarse las pieles de conejo. De repente, vio algo detrás de una roca y se puso muy contento.

—Eso es exactamente lo que necesito —dijo riéndose—. Con tal de que pueda conseguir un puñado.

Se arrastró furtivamente hacia la roca. Descansando al lado de ésta se hallaba una enorme bola de color grisáceo, cubierta de cálido pelo enmarañado. Jonás dormía. Gruñón alargó la mano con nerviosismo.

—¡Lo conseguí! —gritó. Un instante después se encontraba corriendo monte arriba con un puñado del fuerte pelo de Jonás.

¡Pobre Jonás! Se encontraba durmiendo tranquilamente cuando, de repente, levantó la vista y se encontró con Gruñón brincando a su alrededor.

—Pensabas que no podía hacerlo, ¿eh,

bocazas? —gritó Gruñón—. Pues ahora vas a ver cómo vuelo.

Gruñón hizo a toda velocidad unos agujeros en las pieles de conejo, y metió los pelos a través de éstos. A continuación se ató las pieles a los brazos. Agitó los brazos. Parecía que funcionaba. Estaba seguro de que casi se había levantado del suelo. Volvió a agitar los brazos. Sí, estaba seguro de ello.

Jonás se levantó y le observó con interés. ¿Por qué gritaba Gruñón de esa manera? ¿Y por qué corría y movía los brazos? De repente, el interés de Jonás se transformó en alarma. Gruñón se había dado la vuelta e iba corriendo cada vez más deprisa. Se dirigía en línea recta al lugar donde la montaña terminaba en un precipicio. ¡Iba a saltar por allí! Jonás salió en aquella dirección con paso torpón.

—¡Allá voy! —gritó Gruñón al llegar al borde del precipicio.

Y dio un gran salto. Agitó los brazos como un pájaro y cerró los ojos para disfrutar del placer de volar. Sin embargo, resultaba extraño. No era como se lo había imaginado.

En realidad, no le daba la sensación de estar volando.

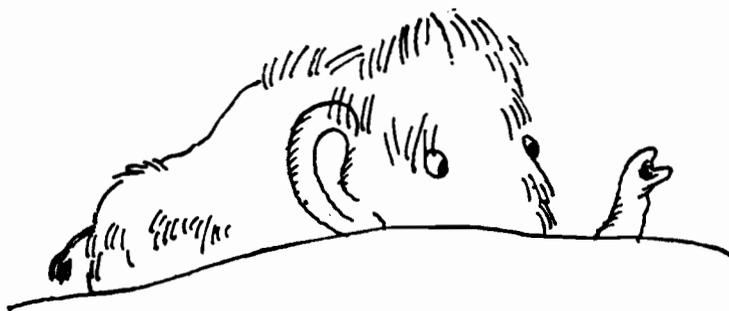
¡Y no lo hacía! Abrió los ojos y se encontró balanceándose en pleno aire exactamente en el punto por donde había saltado. Giró la cabeza para mirar hacia arriba. Encima de él, los ojos de Jonás le miraban con ansiedad, y una trompa larga se estiraba sujetando con fuerza la chaqueta de Gruñón.

Gruñón forcejeó y dio un grito de alarma:

—¡Déjame, entrometido fisgón! Déjame volar, ¿quieres?

Pero Jonás no tenía la intención de permitir que Gruñón volase. Había conseguido agarrar al cavernícola en el preciso momento en que éste saltaba al precipicio. Si Gruñón hubiese caído... Jonás se estremeció sólo de pensarlo. Se dio la vuelta y bajó por la montaña llevando al cavernícola a un lugar más seguro.

Gruñón recordó el puñado grande de pelos que le había arrancado a Jonás y le temblaron las rodillas. ¿Qué pensaba hacerle el mamut? Forcejeó todavía más desesperado.



—¡Ten cuidado con lo que me haces! Todo este jaleo por un montón de pelos cuando tú tienes tantos. ¡Déjame en el suelo, grandullón!

Al decir esto, Gruñón consiguió soltarse. Se cayó sobre la nieve y se deslizó por la montaña abajo patinando antes de que Jonás pudiera sujetarle. Realmente era una sensación estupenda. Después tropezó y salió volando por los aires. El cavernícola chilló de placer. La ladera de la montaña terminaba en una pendiente muy fuerte un poco más abajo. ¡Volaba!

Pero tampoco esta vez se sentía bien. Tenía la sensación de que se caía. Por más que agitaba los brazos, seguía cayendo y cayendo en dirección a la nieve.

¡Plof! Por suerte para el cavernícola, la pendiente no quedaba muy lejos y un

ventisquero le estaba esperando para recibirle cuando aterrizó de cabeza. Sus piernas ondearon un momento como un



par de calcetines secándose en la cuerda de la ropa y después, de un tirón, consiguió quedar libre. Se sentó con aspecto enfadado.

—¡Malditos chismes, no valen para nada! —gruñó, quitándose las pieles de conejo de los brazos y tirándolas al suelo.

Se quedó mirándolas con aire deprimido, y después se miró los pies, hechos un ovillo sobre la nieve.

—En cambio, ahora tendré que volver a casa andando y mis pobres pies se helarán más que nunca.

Con mal humor, dio una patada a la piel de conejo, y el cálido pelo le produjo un hormigueo en los pies helados. Frunció el entrecejo y se inclinó hacia adelante.

—¡Qué sensación más agradable! —se dijo—. Quizá haya alguna manera de sujetarme esas pieles a los pies.

Se arrodilló afanosamente durante unos minutos y después se puso en pie. Llevaba una piel de conejo en cada pie, con el pelo vuelto hacia adentro. Los pelos del mamut le servían de cordones para llevarlas bien sujetas. El pequeño cavernícola movió un dedo del pie. Notaba

cómo le iban entrando en calor. Un calorillo maravilloso le invadía todo el cuerpo. Era estupendo. Era una sensación que no había experimentado antes... ¡Los pies calientes!

—¡Esto es mucho mejor que volar! —se dijo—. ¿Quién va a querer volar por ahí como un pajarraco tonto cuando se puede ir andando con los pies calientes?

Y Gruñón no sólo podía andar, también podía correr si quería. Podía bailar en la nieve y jamás ni una sola gota helada le iba a enfriar los pies. Y eso fue lo que hizo. Fue bailando por la colina abajo dando vueltas y más vueltas. Se sentía feliz. Bastante más arriba de él, Jonás se quedó mirando con expresión perpleja hasta que la figura que daba vueltas como una peonza enloquecida desapareció en medio de la bruma de la montaña.

7 *Gruñón en el trineo*

¡PLAF! Algo frío golpeo a Gruñón en la nariz al salir de la cueva. ¡Plaf! ¡Plaf! ¡Plaf! Más objetos le golpearon, unos objetos helados parecidos a pasteles de sebo congelados. Gruñón no titubeó. Echó a correr. Ya se había encontrado con esas cosas otras veces.

—¡Gruñón, bicho raro! ¡Gruñón, tonto! ¡Ven con nosotros a tirarnos bolas de nieve! —le gritó una voz.

—No lo hará. Tiene miedo —gritó otra voz—. Mi papá dice que es el cavernícola más cobarde que haya existido jamás.

Gruñón frunció el entrecejo. Cerca de su cueva, un grupo de chiquillos jugaba con bolas de nieve. Él había sido exacta-

mente el blanco que necesitaban. Los niños le hicieron burla.

—¡Anda, mira qué cara pone! —dijo uno de ellos—. Me parece que con esa cara hace derretirse las montañas.

Gruñón dio un gruñido. Los niños no tenían la culpa. ¿Cómo podía esperar que los niños se comportasen de otra manera si sus padres estaban burlándose siempre de él? Dio un suspiro y se alejó.

—¡Descarados, mal educados! ¡Barras de hielo! —murmuraba Gruñón, mientras trepaba por la ladera nevada de la montaña.

Claro que le había sentado mal. Y era muy natural que quisiera desquitarse con alguien como, por ejemplo, con un mamut alegre.

Gruñón se quedó parado al oír un ruido delante de él.

—Mmmm... Mmmm... Mmmm...

Era Jonás, que canturreaba sentado sobre la nieve blanda.

Le encantaba sentir el frío de la nieve en su cuerpo peludo. Dondequiera que tocaba la nieve se derretía y se convertía en vapor.

Así que ahí estaba sentado, con la trompa levantada. Parecía una gran cafetera humeante.

—¡Por fin lo pillé! —se dijo Gruñón con una risita ahogada—. ¡Tengo a esa bola gorda y peluda exactamente donde quería tenerla!

Dio un rodeo para mantenerse apartado de la vista del alegre mamut.

Diez minutos más tarde apareció por encima de Jonás en la ladera de la montaña. Se asomó por detrás de una roca alta y plana, frotándose las manos de alegría.

—Lo que me hace falta para empezar es un buen montón de bolas grandes de nieve para que reboten en la cabeza del mamut.

Inmediatamente sus cortos dedos comenzaron a hacer bolas de nieve. El montón que tenía a su lado creció rápidamente. Volvió a asomarse. Jonás seguía sentado tranquilamente allí abajo.

—¡Estupendo, cosa peluda, ahora te vas a enterar!

La primera noticia que tuvo Jonás del ataque de Gruñón fue cuando empezó a

caerle encima una lluvia de bolas de nieve. Levantó la cabeza con curiosidad, y en ese momento se estremeció, porque una bola le acertó en un ojo. Le resultaba muy extraño, hasta que vislumbró la cara llena de júbilo de Gruñón. El cavernícola volvía a la carga. Así que tenía ganas de jugar.

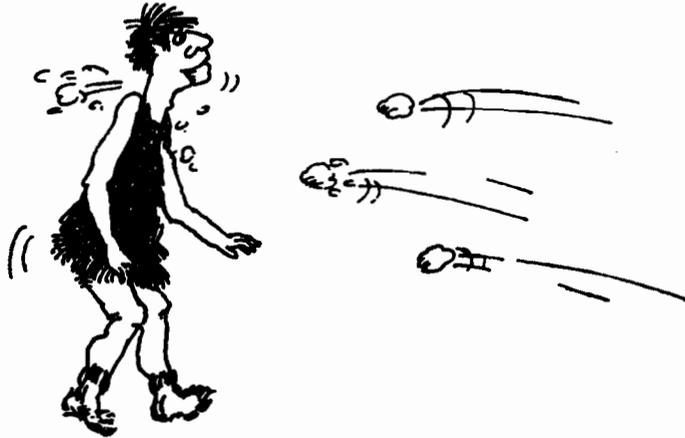
Jonás se puso en pie pacientemente y toda la montaña pareció temblar cuando se alejó trotando para esconderse detrás de un árbol. Gruñón se sonrió.

—Se cree que no puedo verlo, ¿eh? —se dijo Gruñón—. ¡Ahora verá!

El montón de bolas de nieve estaba a punto de terminarse. El cavernícola se agachó precipitadamente para hacer más. Cuando terminó de hacer la última a su entera satisfacción, se rió entre dientes.

—¡Estupendo, ahora es cuando acabaré con él!

Dando un grito de triunfo, salió de repente de detrás de la roca, con la boca muy abierta. Fue una pena que hiciese eso. Una bola de nieve lanzada por Jonás le fue a caer directamente dentro de la boca. Era como tener la boca llena de



agujas heladas. Y le llegaban muchas más. La trompa de Jonás lanzaba bolas de nieve como si se tratase de un cañón lanzando obuses.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Para! —le gritaba Gruñón, abrazado a la roca en busca de apoyo.

Las bolas de nieve le golpeaban por todas partes y se le colaban por el cuello dejándolo helado. Pero eso no fue todo. La roca plana a la que estaba abrazado fue cediendo poco a poco. Finalmente se quedó en posición horizontal sobre la nieve, y Gruñón encima de ella con los

ojos cerrados. Cuando los abrió se dio cuenta de que se estaba deslizando.

Jonás se mostró de lo más sorprendido cuando levantó la vista después de haber terminado de hacer más bolas de nieve. Gruñón pasaba cerca de él, deslizándose, lentamente al principio, pero tomando cada vez más y más velocidad a medida que la ladera de la montaña se hacía más empinada. Jonás sacudió la cabeza con asombro. ¿Qué tramaba ahora el cavernícola?

Gruñón no tramaba nada. Se abrazaba a la roca con todas sus fuerzas mientras se deslizaba a toda velocidad. Los árboles, las rocas y los ríos pasaban a su lado a la velocidad del rayo. Los animales, con cara de asombro, saltaban a un lado para dejarle paso cuando pasaba zumbando cerca de ellos. Gruñón se mantuvo agarrado a lo largo de todo el trayecto, rezando para no caerse. De alguna manera se hizo con el timón del trozo de roca y lo dirigió montaña abajo hasta que la pendiente se hizo más suave y más uniforme. De hecho, hasta empezaba a divertirse.



—No está mal esta forma de viajar —se dijo—. Rápida, fácil y buena para escapar de los mamuts chiflados.

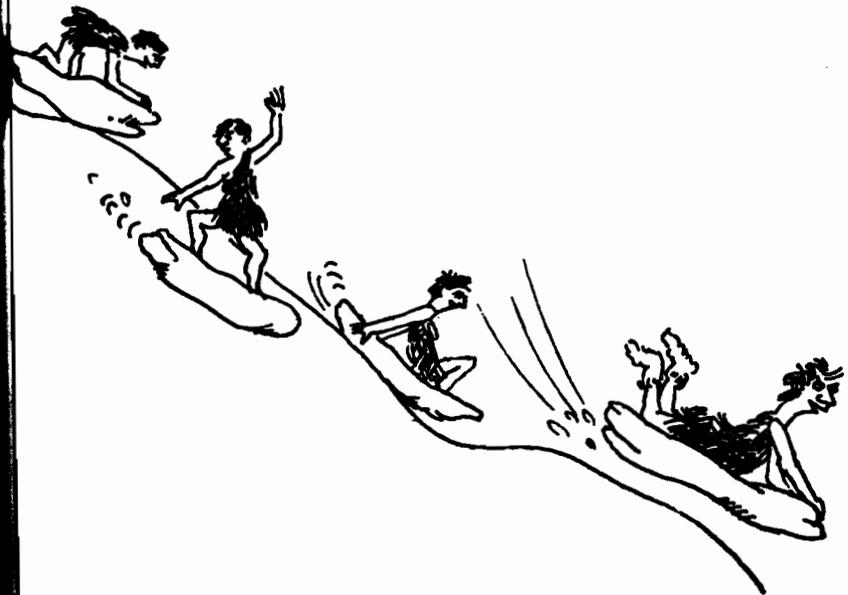
Pudo distinguir, a lo lejos, a los chiquillos que seguían todavía tirándose bolas de nieve cerca de su cueva. Dirigió la roca hacia ellos. Los chiquillos saltaron a un lado cuando él se deslizó plácidamente entre ellos y se detuvo muy cerca. Todos se le acercaron corriendo.

—¿Qué es eso, Gruñón? —le pregunta-

ron con ansiedad, arremolinándose alrededor de él—. ¿Cómo lo has hecho?

Gruñón señaló sin dar importancia a la roca sobre la cual había llevado a cabo su arriesgado viaje.

—Es algo que acabo de inventar —les contestó—. Se llama... ¡Se llama trineo!



Gruñón miró a los chiquillos. Por primera vez en su vida no se reían de él. ¡En realidad le estaban mirando boquia-biertos! Se sonrió.

—Si queréis, os enseñaré cómo se hace —se ofreció—. Es ingenioso, pero sencillo como todas mis ideas.

—¡Por favor, Gruñón! ¡Anda, por favor! —le gritaban, y se colgaban de sus brazos como si fuese el hombre más importante del mundo.

Gruñón se sintió orgulloso.

—Vamos, pues, seguidme. ¡Pero procurad portaros bien!

No mucho después, en lo alto de la montaña, Jonás se quedó sorprendido al ver a Gruñón con una alegre pandilla de chiquillos que se dirigían hacia él. Se escondió detrás de un árbol, preparado para otra batalla de bolas de nieve. Pero no le hicieron ni caso. Por el contrario, cada uno de los niños, con ayuda de Gruñón, eligió una roca plana y la colocó sobre la nieve. Pronto todos pasaron zumbando ladera abajo con Gruñón a la cabeza, chillando de alegría.

Jonás se quedó mirándolos con aire un

poco tristón. Ahora que había aprendido a tirar bolas de nieve como una persona, se ponían a hacer otra cosa. Algo que ni siquiera el más inteligente de todos los mamuts podría llevar a cabo.

Movió la cabeza lentamente y se instaló de nuevo en la nieve. Allí se quedó sentado al sol echando vapor tranquilamente.

8 *La fiesta de Gruñón*

—¡**V**EAMOS! Tres huevos cocidos por persona, un panal de miel, unas moras y zumo de fruta. Creo que será suficiente.

Gruñón se retiró un poco hacia atrás para contemplar la gran piedra lisa que le servía de mesa. Hoy iba a ser la primera vez que daba una fiesta y quería que todo resultase perfecto. Incluso había decorado la cueva con enredaderas y flores para alegrarla un poco. Se acercó hasta la puerta de la cueva y miró hacia afuera con impaciencia.

—Tienen que estar a punto de llegar. Espero que no se retrasen.

Sus invitados iban a ser los chiquillos a los que había enseñado a montar en trineo. Miró al otro lado del terreno pedre-

goso en dirección a las cuevas de los niños. Todo estaba tranquilo. Gruñón sacudió la cabeza.

—Prometieron venir. Se mostraron bastante entusiasmados, especialmente cuando les prometí tocar el tambor. Estoy seguro de que no se perderían esto.

Se dio la vuelta y entró en la cueva, planeando juegos para después de la merienda. ¿La caza de la tortuga, tal vez? ¿Al escondite? ¿A las piedras musicales? Le brillaban los ojos. Era estupendo ser amigo de los niños. Era muy distinto tener gente con quien hablar.

—¡Mi tambor! Tengo que coger mi tambor —murmuró Gruñón.

Se fue corriendo a la repisa superior donde guardaba el tronco hueco que utilizaba como tambor. Le costaba trabajo cogerlo, y al intentarlo se le escurrió un pie. Se cayó al suelo con gran estrépito, y el tronco encima de él.

¡Bum! A Gruñón casi se le rompieron los tímpanos con el ruido. Se incorporó como pudo, refunfuñando, y puso el tronco en posición vertical.

—¡Estúpido cacharro! Me gustaría que

no armase tanto ruido. Parece un ruido de truenos.

¡Eran truenos! Gruñón se acercó a la puerta con inquietud. Fuera, la lluvia caía a raudales como pequeñas partículas de cristal. El cielo estaba negro y los truenos retumbaban. Corrió a asomarse. La tierra que había entre su cueva y las demás cuevas había desaparecido. En su lugar quedaba un río espumoso por donde corría el agua. Gruñón lo contemplaba con desesperación.

—¡No puede ser... Con todos los días que hay, ha tenido que ser hoy precisamente! Mi fiesta será un desastre. Nadie podrá acercarse hasta aquí.

Sin embargo, seguía mirando, trataba de convencerse de que los niños vendrían. Finalmente dio un suspiro y regresó al interior de su cueva.

—No sirve de nada, no vendrán jamás. De todas formas, probablemente no tenían intención de hacerlo —añadió con amargura.

Echó un vistazo a la festiva comida que estaba preparada sobre la mesa. Se sentó de mal humor en el rincón más oscuro de

la cueva. Fuera, la lluvia caía con gran estrépito. Estuvo media hora sin moverse. Después levantó la vista. Un bulto grande y empapado de agua apareció en la puerta. Gruñón se acurrucó en su rincón.

—Algo está entrando —susurró—.
¿Quién está ahí?

Un ruidoso estornudo le respondió.

—¡Es ese maldito mamut! ¿Qué estás haciendo aquí, orejas lanudas? ¡Vete! ¡Fuera!

Jonás contempló a Gruñón con aire bondadoso, pero no se movió. Estaba lloviendo muy fuerte todavía y Jonás odiaba la lluvia. Le empapaba el pelo. Por eso buscaba refugio en la cueva. Ahora que había descubierto que se trataba de la cueva de Gruñón, tenía demasiada curiosidad como para marcharse.

Miró a su alrededor. El pequeño cavernícola había hecho muchos cambios. ¿Quién hubiera esperado de él que decorase su cueva con flores y enredaderas? Resultaba bastante acogedora. ¿Y qué era aquello que había encima de la mesa de piedra? Chupó los panales de miel. ¡Delicioso! Comió una o dos moras. ¡Riquí-

simas! Cuando intentó alcanzar un huevo cocido, Gruñón no pudo aguantar más.

—¡Deja las cosas en paz! —le gritó—. Son para mis amigos. No pases la trompa por todas partes.

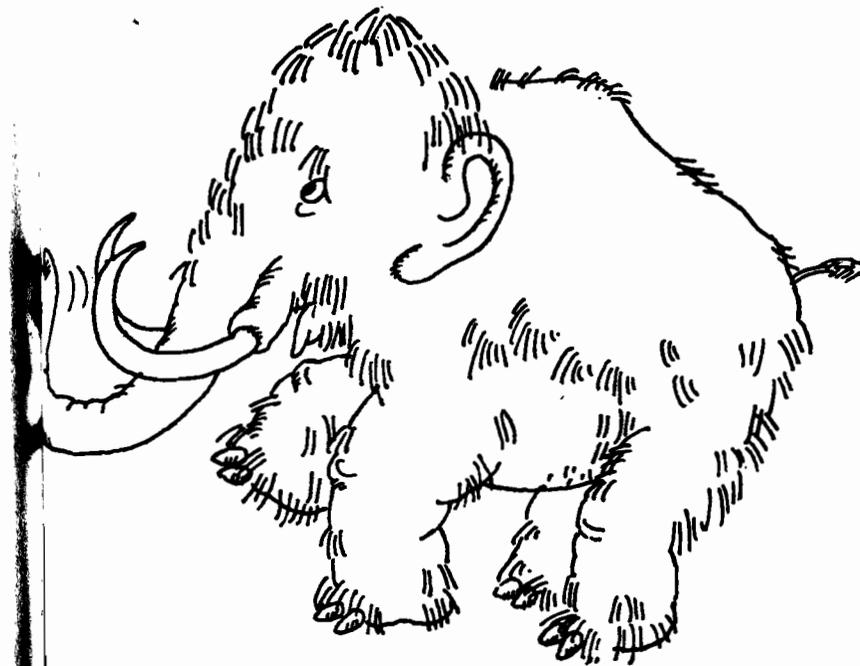
Jonás se sobresaltó tanto con el grito enfurecido de Gruñón, que tiró el huevo. Salió disparado de la trompa de Jonás y cruzó toda la cueva. Gruñón pudo cogerlo un poco antes de que se cayese al suelo. Jonás lo miró encantado y le lanzó otro. Gruñón también lo cogió.

—Ten cuidado con lo que haces, vas a romperlo todo —le gritó Gruñón, pero ya era demasiado tarde. Jonás le lanzó otro y otro más. Los huevos cruzaban la caverna como bolas de nieve, y Gruñón tenía que apresurarse para recogerlos. Y no sólo eso; él mismo se en-



contró devolviéndoselos, y Jonás se los recogía con la misma facilidad. De repente se convirtió en un juego, un juego agotador. Al cabo de diez minutos los dos se encontraban muy cansados. Gruñón cogió algo para beber.

—No, tú no, lanzahuevos peludo —le dijo, mientras Jonás miraba la bebida con esperanza de que le diera algo—. El zumo de frutas no es para los mamuts.



Gruñón bebía, pero sintiendo todo el rato la mirada de Jonás sobre él. Por fin no pudo resistirlo más tiempo. Se dio la vuelta.

—Si quieres beber, ahí podrás hacerlo —le dijo—. La lluvia se filtra a través del techo y cae por un agujero.

Le señaló hacia un lado de la cueva. Jonás, obedientemente, fue a beber allí. Gruñón le observó y frunció el ceño con aire pensativo.

—Animal chiflado. ¿Quién iba a pensar que se divertiría jugando a la pelota? Me pregunto si también le gustará el tambor.

Gruñón cogió el tambor. Miró a Jonás y empezó a tocarlo. Las patas del mamut se movieron. Volvió a golpear el tambor una vez más, y las inmensas patas del mamut se arrastraron bailando al compás. Gruñón se echó a reír.

—¡Venga, botazas! —le ordenó—. No te quedes ahí parado. ¡Baila!

Y Jonás bailó. Sus patas aporreaban arriba y abajo, balanceando la cabezota, mientras que Gruñón tocaba cada vez más fuerte. ¡Plam! ¡Plam! ¡Plam! ¡Rataplam! ¡Rataplam! Jonás daba vueltas y



más vueltas con paso torpón, más y más rápido, hasta que se sintió bastante mareado. ¡Plam! ¡Plam! ¡Plam! ¡Rataplam!

De repente, Gruñón descubrió que se estaba divirtiendo. Se alegró de que el

aguacero hubiese traído a Jonás a su cueva. El mamut también estaba contento. Cerró los ojos complacido. Eso fue un error. Su trompa, que daba vueltas como un molinete, golpeó a Gruñón detrás de la oreja y le tiró al suelo.

Gruñón se puso de pie como pudo, con aire amenazador.

—Ten cuidado con lo que haces, cabeza hueca. No está bien ir dando trompazos a la gente. No lo hiciste a propósito, ¿verdad?

Miró a Jonás con desconfianza.

—A lo mejor sí. Ése es el problema que tengo contigo, que nunca sé a qué atenerme.

Jonás sacudió el tambor con la trompa con aire esperanzado, y movió las patas de un lado para otro, pero no sirvió de nada. El hechizo se había roto. Gruñón negó con la cabeza.

—Se acabaron los juegos por hoy —le dijo—. De todas maneras, ha dejado de llover.

Tenía razón. Ahora brillaba el sol y la tierra desprendía vapor. Jonás se quedó mirando el tambor con desilusión durante

un momento, después se dio la vuelta para marcharse. Gruñón le siguió hasta la puerta.

Era extraño. El cavernícola estaba seguro de que Jonás no le caía bien; sin embargo, algo le decía por dentro que hiciese volver al mamut. No lo hizo. Por el contrario, se quedó observando cómo se alejaba el inmenso animal. Sólo en el último momento le llamó, pero entonces era ya demasiado tarde. Jonás le vio con la mano levantada, pero no oyó su llamada. El mamut saludó con la cabeza, y por un momento dio la sensación de que sonreía. Después desapareció detrás de un cerro.

—¡Menudo alivio! —gruñó Gruñón.

Pero no era verdad. Su rostro tenía una expresión triste al regresar dentro de la cueva. Entonces fue cuando oyó un grito y risas de niños. Se volvió para mirar afuera una vez más. Los niños venían corriendo por el campo en dirección a su cueva. ¡Los invitados de su fiesta estaban llegando!

Gruñón se echó a reír. A pesar de todo, iba a celebrarse su fiesta.

9 *Gruñón y el tigre*

—¡LÁRGATE, zoquete! ¿No ves que estamos ocupados?

El grupo de cavernícolas se quedó mirando a Gruñón airadamente, mientras hablaban entre ellos delante de las cuevas. A diferencia de los chiquillos, que ya eran amigos de Gruñón, los demás hombres todavía le ignoraban.

—No es justo —se quejaba—. Simplemente porque están de mal humor, la toman conmigo. Y todo por ese ruido estúpido que se oye por la noche.

Mientras iba andando por la linde del bosque, a Gruñón se le cerraban los ojos de cansancio. Tenía mucho sueño. Ése era el problema. Todo el mundo tenía sueño. Noche tras noche, a lo largo de va-

rias semanas, no habían podido conciliar el sueño a causa de unos rugidos espantosos que sonaban fuera de las cuevas, unos rugidos y gemidos que no cesaban nunca. Gruñón se estremeció.

—No es que eso me preocupe —se dijo para sus adentros dándose las de valiente—. Yo no creo en fantasmas.

—¡Grrrrrrrr!

El ruido se oyó por la derecha a la espalda de Gruñón. El cavernícola, con un grito de terror, dio un salto y se escondió entre los árboles. Se asomó, temblando, y la cólera hizo que se le agrandaran los ojos. Era Jonás.

—¡Otra vez él! ¿Por qué ese cabeza hueca tiene que estar siempre gastando bromas?

La verdad es que Jonás no podía haber elegido otro día mejor para gastarle una broma a Gruñón. Pero no tenía ni idea de cómo le asustaban al pequeño cavernícola los ruidos extraños en ese momento. Había creído que un ruidito en la oreja le animaría. Pero no fue así. Gruñón se mostraba más deprimido que nunca.

—Quería reírse de mí, ¿eh? —murmura-

raba Gruñón—. Bueno, pues los dos podemos jugar a lo mismo.

Fue siguiendo a Jonás sin hacer ruido a través del bosque. El mamut no llevaba prisa. Iba olfateando alegremente las gigantescas flores. Despertó con sus torpes patatas grises a una o dos tortugas dormidas, dando gruñiditos de alegría. ¡La vida era tan estupenda! Pero por fin se sintió un poco cansado y buscó un sitio fresco para dormir. Vio una cueva desierta en la falda de la colina y se metió a ver cómo era. La oportunidad de Gruñón había llegado.

—Un buen susto se paga con otro —dijo Gruñón, riéndose entre dientes.

Las cosas no podían presentársele mejor. En la falda de la colina había una roca gigantesca encima de la entrada de la cueva. Habría que cavar un poco y la roca se vendría abajo tapando la entrada. Jonás se quedaría atrapado.

—¡Y menudo trabajo para Jonás! Cavará durante todo el día para poder salir.

Gruñón se puso a trabajar. Pronto sólo quedaban unos cuantos guijarros sujetando la roca.

—No puedo llegar desde aquí —refunfuñó—. Será mejor que lo intente desde abajo con un palo largo.

Así fue como Gruñón se encontró abajo, al lado de la entrada de la cueva, tanteando la roca con un palo largo. Iba a dar un último empujón con el palo cuando sintió un golpecito en el hombro. Se dio la vuelta. Jonás se encontraba a su lado, tenía la trompa levantada de nuevo para golpear a Gruñón, pero esta vez en la cabeza.

Gruñón no esperó. Salió corriendo... hacia el interior de la cueva. En ese momento la roca se desprendió con gran estrépito y la entrada de la cueva quedó taponada. Gruñón se encontró a oscuras.

—¡Qué truco más sucio! ¡Pedazo de bestia tramposa! —se quejaba—. ¡Nunca saldré de aquí!

Gruñón no sabía que afuera el mamut ya había empezado a cavar para sacarle. Aterrorizado, se abrió paso a tientas por la cueva en medio de la oscuridad para buscar otra salida. Su mano tropezó con algo. Se detuvo. Su mano volvió a tropezar con algo cálido y suave que se movía

con lentitud. Gruñón retrocedió asustado. No estaba solo en la cueva. Había alguien más con él, algo que estaba vivo. Y aún más, había empezado a hacer un ruido horripilante.

—¡Grrrrrrr!

Gruñón se tapó la cabeza con las manos. ¡La fiera! La fiera que había tenido aterrorizados a todos por las noches con sus rugidos estaba allí, en la cueva. Se apretó contra la pared de roca y se quedó mirando fijamente a la oscuridad. ¿Dónde estaba la fiera? ¿Qué fiera era?

En ese momento Jonás consiguió arrancar parte de la roca de la puerta. Un tenue rayo de luz penetró en la cueva. Gruñón se quedó horrorizado cuando distinguió al animal. Se trataba de un tigre con colmillos como puñales, que se dirigía directamente hacia él.

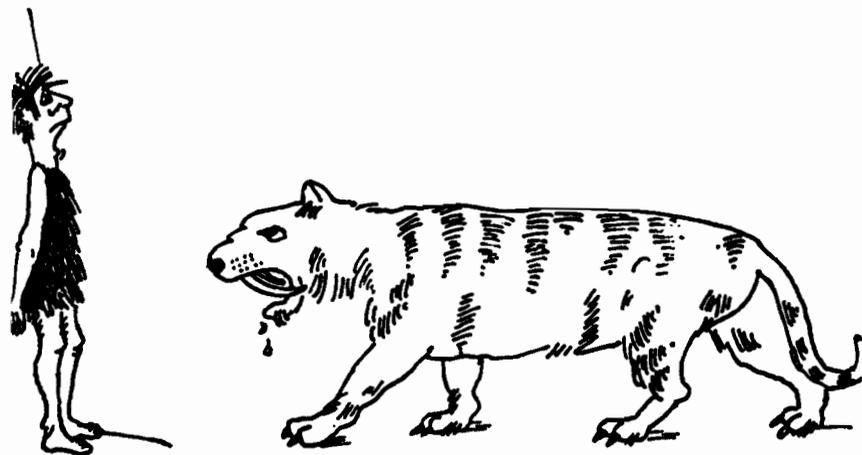
—¡Vete! ¡Fuera! ¡Lárgate y déjame en paz! —le gritó Gruñón, agitando las manos a la desesperada. No sirvió de nada. El tigre se le acercó más.

Gruñón dejó escapar un gemido y cerró los ojos. No tenía escapatoria posible. Pronto se iba a convertir en el aperitivo

del hambriento tigre. Éste se le acercó todavía más. A Gruñón se le pusieron los pelos de punta al oír el rugido aterrador. En ese momento el rugido cesó. Cuando por fin Gruñón abrió los ojos se encontró con el tigre sentado delante de él. Los grandes ojos verdes del animal parecían suplicarle algo. El cavernícola retrocedió un paso con nerviosismo y frunció el ceño con aire pensativo.

—¡Qué raro! En mi vida he visto un tigre con tantos colmillos.

Gruñón tenía razón. En el lugar donde



el tigre debería tener dos colmillos brillantes, había tres. Gruñón miró fijamente, y la explicación era sencilla. El tigre tenía un hueso pequeño clavado detrás del largo diente delantero, y sobresalía como si fuera un colmillo más.

—Te duele, ¿verdad? Por eso has estado gimiendo tanto noche tras noche. ¿Quieres que te lo saque?

Dio un paso hacia adelante muy nervioso. Si le sacaba aquel hueso, después podría convertirse en comida para el tigre. Pero tenía que correr el riesgo. Intentando ser valiente, agarró el hueso y tiró de él. Se estremeció cuando el tigre rugió. Entonces, de repente, el hueso se desenchajó y salió.

El tigre miraba al hueso, después a Gruñón, y de nuevo al hueso. A continuación se abalanzó sobre Gruñón y lo tiró al suelo. El cavernícola apretó los ojos, convencido de que había llegado su última hora. Pero el tigre no estaba comiéndoselo. Le estaba lamiendo y hacía un ruido que se parecía mucho al ronroneo. Gruñón permaneció allí tumbado lleno de asombro.

Atardecía cuando Jonás consiguió apartar, por fin, la roca de la entrada de la cueva.

Se retiró de la entrada y esperó con ansiedad. Enseguida apareció Gruñón, hizo solemnemente un guiño al sol que se ponía y se alejó lentamente.

Jonás hizo un gesto de satisfacción con la cabeza. Lo único que le importaba era que el pequeño cavernícola estuviera a salvo.

No mucho después, los demás cavernícolas vieron que Gruñón se aproximaba hacia ellos.

Empezaron a darse codazos unos a otros con regocijo. Nunca podían resistir la tentación de meterse con él.

—¡Qué tarde vienes, cara de roca! —le gritó uno de ellos—. ¡Ten cuidado, no te pille el monstruo que ruge!

—¡A él no! —gritó otro—. Con esa cara, el monstruo saldría corriendo asustado.

Gruñón los miró airadamente, pero no dijo nada. Generalmente dejaba que le gastasen bromas hasta que se hartaban y le dejaban en paz. Pero esta noche iba a ser diferente.

De repente, un rugido espantoso se dejó oír en la noche. Los cavernícolas se quedaron paralizados por el miedo durante unos instantes; después se dieron la vuelta.

Detrás de ellos, con los pelos del lomo erizados y las mandíbulas muy abiertas, estaba el tigre de los colmillos como puñales.

Dando gritos de terror, se tiraron de cabeza a esconderse detrás de unas rocas. Desde allí observaron con asombro cómo el tigre se acercaba a Gruñón y daba vueltas a su alrededor, restregándose contra las piernas del cavernícola. Gruñón no se movía. Puso las manos sobre la cabeza del tigre, dándole palmaditas audazmente, mientras miraba a los demás cavernícolas con expresión de triunfo.

Durante mucho tiempo después, cuando los cavernícolas volvían a tener la tentación de empezar a burlarse de Gruñón otra vez, recordaban aquella noche. Porque sucedió algo más: ¡Gruñón sonreía!

Sonreía mientras miraba al tigre, y por un momento dejó de parecer un hombrecillo tan feo. Después se dio la vuelta y,

llevando al tigre a su lado y con Jonás siguiéndolos en la oscuridad, tomó el camino de regreso a su cueva con paso alegre.



ÍNDICE

1	<i>Primer encuentro con Gruñón</i>	5
2	<i>El baño de Gruñón</i>	16
3	<i>Gruñón, artista</i>	27
4	<i>Gruñón, a punto de hervir</i>	37
5	<i>Gruñón ataca de nuevo</i>	46
6	<i>Los pies fríos de Gruñón</i>	57
7	<i>Gruñón en el trineo</i>	68
8	<i>La fiesta de Gruñón</i>	78
9	<i>Gruñón y el tigre</i>	88